

Los capitanes de la "Esmeralda" y la "Coradonga" conversaron de buque a buque en unas cuantas frases necesarias en que Prat dio a Condell sus instrucciones como jefe y el comandante de la "Coradonga" contestó que todo estaba listo, estableciéndose entre los dos barcos una resolución común y un espíritu único que parecía redoblar nuestras energías e incrementar nuestra confianza.

Mientras que el "Huascar" se acercaba a nosotros hasta quedar a tiro de cañón pero sin dispararnos, porque probablemente pensaba su comandante que la sola presencia de aquellos dos poderosos blindados bastaría para que los dos barcos chilenos, viejos y de madera, levantaran la bandera de parlamento y se entregaran sin oponer resistencia. Los capitanes chilenos parecían de una manera muy distinta. Desde el primer momento el capitán Prat bajó a su camarote se vistió su levita y cogió la espada, y luego comenzó a tomar todas las precauciones para un combate y a disponer á su gente como si estuviera á bordo de un gran acorazado y fuera á batirse de igual á igual. Sus ademanes eran perfectamente tranquilos cuando mandaba preparar los cañones, tener lista la munición, vigilar las máquinas y hasta organizar la brigada de salvamento para el caso de incendio y la ambulancia en la cámara de guardiamarinas para recibir los heridos. Lo único que no pasó ni por un momento por su cabeza fué la idea de rendirse.

Todos los tripulantes de la "Esmeralda" estábamos bien convencidos de esto y nos sentíamos animados del mismo espíritu.

Como casi ó menos las 8 de la mañana, cuando el primer disparo del "Huascar" interrumpió la conversación que con las bocinas mantenían los comandantes de la "Esmeralda" y la "Coradonga". Un proyectil de 300 libras cayó en el agua entre los dos barcos chilenos.

Entonces el capitán Prat mandó reunir la tripulación sobre cubierta y nos dijo con perfecta tranquilidad, casi calmadamente: «Muchachos! La contienda es desigual. Nunca se ha arriado nuestra bandera ante el enemigo; espero, pues, que no sea esta la ocasión de hacerlo. Mientras yo esté vivo,

esta bandera flameará en su lugar, y os aseguro que si muero, mis oficiales sabrán cumplir con su deber».

El capitán nos anunciaba su resolución de perecer antes que rendirse y esperaba que cada hombre cumpliera con su deber. Un viva Chile! contestó las palabras del capitán y cada uno se fué á su puesto.

Desde ese momento comenzamos el cañoneo y fuimos acortando la distancia que nos separaba del "Huascar". Nuestros tiros eran muy ciertos y recuerdo haber visto muchas granadas que reventaban en la torre ó en el casco del "Huascar", aunque por supuesto nuestros pequeños cañones de 40, y de sistema muy primitivo, hacían poco daño al monitor peruano.

Lo peor es que la «Esmeralda» con el sacudimiento tuvo muy luego dos de sus calderas inutilizadas y las otras dos estaban en tan mal estado que el buque apenas se podía mover. Recuerdo que cuando llegó á Iquique la «Esmeralda» las calderas estaban tan malas que se vaciaban solas. El comandante Thompson había declarado en un parte oficial que sus calderas tenían ya 70 parches.

La posición que habíamos tomado era bastante estratégica, porque quedamos como á un cable de la orilla al accidente de la ciudad. Los tiros del «Huascar» eran muy poco ciertos y algunos pasaban por alto, yendo á caer á la población. Pero esto nos produjo una nueva complicación, porque los peruanos pusieron dos baterías de campaña detrás de un montoncito de arena á espaldas de la ciudad y comenzaron á barrernos la cubierta con fuego muy nutrido que nos mató varios hombres. Transcurrieron así, más ó menos dos horas durante las cuales no cesó nuestro cañoneo ni un momento. Pero lo que hacíamos era un trabajo desesperante, porque al «Huascar» como he dicho, no lográbamos causarle daño, ni tampoco podíamos acallar el fuego de tierra porque esas baterías permanecían absolutamente invisibles.

En esta situación y á eso de las diez, el capitán dio orden que nos moviéramos hacia el norte, con lo cual quedamos fuera de la acción de los fuegos de tierra.

Si hasta entonces el «Huascar» no



se nos había venido encima con su espolón. Era porque según supimos después, creían que la «Esmeralda» estaba rodeada de torpedos, porque así se lo manifestaron al comandante Grau el capitán de puerto y otros funcionarios de Iquique que fueron abordados en los primeros momentos.

Al momento para el norte, recibimos el primer proyectil del «Huascar» que lograba su efecto. Era una granada de 300 que entró por el costado de babor, por encima de la línea de flotación, y fue a salir por estribor, pasando a la corbeta de parte a parte. La sacudida fue horribosa y yo creí que el buque se abriría y se iba a pique. Estaba sobre la cubierta y miré al capitán que se paseaba en la toldilla con la misma tranquilidad que en el comienzo del combate, mirando hacia el buque enemigo con su rostro airado, en que yo vi fulgar como un relámpago su rabia impotente y su resolución de batirse hasta el último. Seguía dando órdenes.

Llamaba a la brigada de salvamento para que apagara el incendio producido por el proyectil que nos había traspasado. La corneta de señales continuaba sonando, como si estuviera en un ejercicio. Desde el capitán hasta el último marinero, cada hombre continuaba en su puesto.

Es claro que si el combate hubiera seguido en esas condiciones, al «Huascar» se le habrían terminado las municiones sin lograr arábsenos, porque ya llevábamos más de dos horas y sus tiros eran muy malos. Probablemente fue esto y el convencimiento de que no había más torpedos lo que indujo al comandante Grau a mover su monitor a toda máquina, enderezándonos el espolón.

Por cosa de un instante. La corbeta se recostó sobre estribor y su vieja enmaderación cedió como si se partiera en mil pedruzcos. Una densa humareda del cañoneo o del fuego de fusilería, hecho casi a boca de jarro, cubrió la popa donde acababa de ver al capitan ahogado en la baranda y con los ojos fijos en el monitor que se nos venía encima.

Al contacto de los dos barcos fue rapidísimo el «Huascar» maniobró hacia atrás con la mayor velocidad. Al desaparecer la humareda alcancé a ver

al capitán Prat que caminaba por la cubierta del «Huascar» con la espada desenvainada, en cabeza y marchando con un paso resuelto hacia la popa del buque, como si fuera en busca del capitán peruano. En ese momento tengo la convicción que la cubierta del «Huascar» estaba absolutamente desierta.

Los peruanos debían creer que habían sido abordados, no sólo por el capitán y el sargento Aldoa que alcanzó a seguirlo, sino por un grupo más numeroso. El magnífico cuadro duró lo que un celaje. Frente a la torre de mando del «Huascar» cayó Prat acbillado a balazos y de la misma manera vimos derribarse, en el castillo de proa, al sargento Aldoa.

Quedamos como a cien metros del «Huascar» y ni la muerte del capitán, ni el cañoneo incesante del enemigo, lograban desorganizarnos.

El teniente Uribe había tomado el mando de la toldilla y discutía con los oficiales cuál sería el momento preciso para echar el buque a pique y hacer volar la Santa Bárbara.

Apenas se repusieron los peruanos de la alarma que les había causado el abordaje de Prat y de Aldoa, vimos que el monitor se movía hacia nosotros con intención de darnos un segundo espilonazo. No se pudo evitar el choque porque ya la corbeta apenas se movía, pero se logró que en vez de ensartarnos por el centro del buque, como era indudablemente su pretensión, nos diera por la amura de estribor, en un ángulo que disminuyó mucho la violencia del choque. Esta vez, y en medio de la confusión más espantosa, saltó al abordaje el teniente Serrano con algunos marineros que estaban cerca de él.

Este segundo espilonazo abrió la enmaderación del buque de tal manera que se llenó de agua la Santa Bárbara, y el ingeniero Hyatt subió avisar al teniente Uribe que las hornillas se estaban inundando y la máquina no podía funcionar.

Ya no teníamos pólvora ni pedíamos movernos, y la mayor parte de los cañones estaban dados vueltas e inutilizados. Además el buque se iba hundiendo cada vez más rápidamente, sin que cesara ni un punto el fuego enemigo. Por nuestra parte contestá



banos como podíamos con la poca pólvora que quedaba en la cubierta y en uno que otro cañón que todavía estaba servible.

No he visto nunca un buque que resistiera tanto y se demorara tanto en hundirse, a pesar de estar abierto por todos los lados y casi, puede decirse, desahuciándose.

Cuando vino el tercer espolonazo, ya quedaba muy poco de la corbeta fuera del agua y el «Huáscar» nos pegó a su gusto, perpendicularmente al centro del buque, que ya estaba inmóvil y tripulado solo por la cuarta parte de su dotación que todavía procuraba cumplir su deber.

Al último compañero que vi haciendo fuego, fué el mismo Riquelme que, poseído de una especie de rabia y resuelto a vender cara su vida, disparó un cañón que, probablemente, era el único que en esos momentos podía hacer fuego.

La «Esmeralda» se hundió inmediatamente después del tercer espolonazo. Cuando yo salí a cubierta dándonos cuenta de que todo había terminado, lo último que vi fué la bandera que como lo había mandado el capitán, estaba en su lugar e iba a desaparecer bajo el agua con los últimos defensores.

Apenas puede uno darse cuenta de lo que pasó después. El largo rato que flotamos aferrados a los despojos naufragos de la corbeta y bajo el fuego de fusilería que todavía nos hacía el «Huáscar», la lenta operación de recogerlos, las atenciones recibidas a bordo del monitor peruano, el desembarco en tierra... todo eso era una mala pesadilla. Yo me sentía como un autómatas. Nada me importaba la vida o la muerte. La desgracia era demasiada horrible.

Lo único que recuerdo claramente es que al pasar por la cubierta del «Huáscar», medio desnudos, transitados de frío y prisioneros del enemigo, dimos una mirada al mutilado cadáver de nuestro Capitán Prat que estaba todavía tendido allí.

La voz del antiguo marino se había ido volando por la emoción y cuando calló, como ahogado por la violencia de sus impresiones, todos guardamos silencio faltándonos las palabras para traducir los efectos que se atropellaban dentro de nuestros pechos y que nos llenaban de lágrimas los ojos. Era

una mezcla de dolor, de admiración por los héroes, de orgullo nacional. Sentíamos en lo íntimo de nuestras almas la inmensa satisfacción, de pertenecer a la raza de aquellos hombres y de poder transmitir a nuestros hijos esa leyenda portentosa que desde aquel día es la norma de todos los que nacen en el suelo de Chile: *¡un chileno no se rinde!*

Los compañeros de viaje fueron poco a poco dispersándose y entrado en sus camarotes yo me quedé largo tiempo aun sobre cubierta procurando tranquilizar mis nervios agitados por el relato hecho con tanta sencillez como si se tratara de un acto de la vida ordinaria.

Y el hombre que nos hizo hablar con sus relatos y para cuya alma hambida todo aquello era un episodio remoto, se despidió de nosotros y se perdió también entre el tumulto de los demás en pos de sus intereses materiales, de su trabajo y de su paz.

SELECCIONADO



LA LA PATRIA

(En el 38. Aniversario del glorioso 21 de Mayo)

I  
Tranquila y soberana  
Despierta, Patria mía,  
Que este precioso día,  
El de tus glorias es;  
Y al aire desplegada  
Posa tu bandera  
Y broden por doquiera  
Guirnaldas a tus pies.

II  
¡Oh instante! ¡Oh gloria! ¡Oh tiempo!  
De Chile honor. ¡Iguales  
No cuenta en sus años  
La historia del valor,  
Que en esa lucha homérica  
Mil héroes renacieron,  
Mil héroes que inviceres  
Por sembrar el frío.

III  
¿De qué astro aquellos hombres,  
La luz arrebataron  
Que altivos aterraron  
Al genio de la mar?  
¿A cuál deidad sus almas  
En la árdua lid se unieron?  
¿Y adónde, adónde fueron  
Sus armas a tempiar?



y demás compañeros, puede tener su aplicación, y acaso se repita en torno nuestro.

En el precioso mar de la vida y en la cañal de la patriótica humanitaria obra en que te hallais empujados, cada uno de vosotros, Scouts, tiene su «Esmeralda» que mandar, y sus colores sagrados que defender.

Por aquí que el «Hunscara» submarino, secretos de la envidia, del vicio o de la ambición están continuamente acechando, y así del niño o joven que no ha sabido clavar la bandera de su credo al palo de mezana de su vocación de Scout, para preferir hundirse con ella firme al tope, antes que caer a la tentación!

«Muchachos!

La contienda es desigual. Nunca se che arriado nuestra bandera; espero, pues, que no sea esta la ocasión en hacerlo. Mientras yo esté vivo, esta bandera flameará en su lugar, y con seguro que si muero, mis oficiales sabrán cumplir con su deber, fué la imperativa voz de orden, la sentencia de consagración al sacrificio del valiente Comandante, y ese puñado de oficiales que no consintieron rendirse, por virtud de su temple y de su irrevocable compromiso a la bandera, supo morir con honra, para resucitar con gloria, fiel a la consigna del inolito Capitán.

Y en este día de fanatismo y general expansión, de patrio ardor y digna celebración de la gloriosa fecha sagrada y de la tierna memoria de los hechos recordados, parodiemos con toda la propiedad de verdaderos Scouts, la atrevida leyendaria de Prat y aprendamos a decirnos, como en un acto de la mejor demostración de aplauso y gratitud a la memoria de los venerados héroes:

Muchachos, Scouts:

La contienda es desigual, pero la bandera de nuestra acción y propaganda, que no es otra que la de la supremacía consigna de la Patria, jamás se ha arriado, ni se ariza ante la amenaza, la persecución, ni la injusticia. Mientras alcitemos un soplo de vida en nuestros pechos no seremos nosotros quienes consintamos en su abatimiento, y si por desgracia, caemos en la sorpresa, los camaradas y hermanos que sobra dignos sabrán cumplir su deber! Viva el Scoutismo!

Scouts, Viva Chile!

Gloria y honor a los dignos héroes del 21 de Mayo.

## EL COMBATE DE IQUIQUE

Habíamos rodeado al marino retirado del servicio, que fué testigo y autor de algunos de los gloriosos episodios y acosándolo a preguntas, venciendo su modestia y doblegando la repugnancia que parecía sentir, habíamos logrado que se encendiera por fin en su alma la luz de los recuerdos y que hablara del combate de Iquique, a medida que nuestro barco cortaba las aguas que en un tiempo se tiñeron con la sangre de nuestros hermanos y se iluminaron con la luz de tantos heroísmos.

—«Hacían cinco días que bloqueábamos a Iquique, dijo el veterano al iniciar su sencilla narración con voz apagada y en que se advertía el esfuerzo para no traicionar las secretas emociones de su alma. El resto de la escuadrilla mando de Williams. Recordando, había salido para el norte a propósito de pillar a los buques peruanos que, según se decía, estaban en el Callao.

Los tripulantes de la «Esmeralda» y de la «Coradonga» nos habíamos hecho ya el ánimo de pasar unos cuantos días muy aburridos manteniendo el bloqueo con ese par de buques viejos, que no eran más que una fórmula como bloqueadores y que, por cierto, no podían pensar en ofrecer resistencia a la escuadra enemiga.

El 21 de Mayo y apenas se levantaron las nieblas, divisamos por el norte unos humos que desde el primer momento fueron cuidadosamente observados por los oficiales de nuestros buques. No tardaron mucho en reconocer al «Hunscara» y la «Independencia», los dos barcos más poderosos de la escuadra peruana, que venían a batirse con los dos más pequeños y débiles de la escuadra chilena.

Hubo un momento de estupor y todos nos miramos como preguntándonos qué iba a pasar. Fue solo un instante, porque muy luego se oyó en los dos buques el toque de generala y cada hombre comenzó a prepararse para el combate.